

FLACSO . Biblioteca

América Latina 2020

Escenarios, alternativas, estrategias

Francisco López Segrera y Daniel Filmus (coordinadores)

© Francisco López Segrera y Daniel Filmus, coordinadores

© Temas Grupo Editorial SRL, 2000

Talcahuano 1293 piso Iro. B

1014 - Buenos Aires, Argentina

Tel: 4813.9334 y rotativas / Fax: 4813.5463

www.editorialtemas.com

E-mail: temas@ciudad.com.ar

Derechos reservados en idioma español

Diseño de cubierta e interiores: Diego Barros

Coordinación General: Carlos Sibilla

Corrección: Soledad Casanova

1ª edición, mayo de 2000

ISBN 987-9164-43-1

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin permiso escrito de la Editorial.

5808
10/11/00
10/11/00

5808

ÍNDICE

TOMO I

Presentación

- 13 Nota de los coordinadores. Francisco López Segrera y Daniel Filmus
25 Prólogo. *Brasil: para reiniciar el crecimiento*, Celso Furtado
29 Introducción. *Mensaje al III Encuentro Latinoamericano de Estudios
Prospectivos*. Federico Mayor Zaragoza

Capítulo I

- 35 *Los estudios prospectivos como herramientas de construcción de futuro*
- 35 Xabier Gorostiaga
Hacia una perspectiva participativa. Esquema metodológico
- 51 Sergio Buarque
Elaboración de escenarios de Brasil y de la Amazonia brasileña
- 111 Francisco José Mojica
Determinismo y construcción del futuro

Capítulo II

- 127 *La educación para el siglo XXI*
- 127 Carlos Tünermann Bernheim
La educación para el siglo XXI
- 153 Axel Didriksson
Tendencias de la educación superior al fin de siglo: escenarios de cambio
- 165 Jorge Broveto
La educación para el siglo XXI
- 181 Ana Luiza Machado
La educación en América Latina y el Caribe: visión prospectiva al año 2020
- 199 Xabier Gorostiaga
*En busca del eslabón perdido entre educación y desarrollo: desafíos y
retos para la universidad en América Latina y el Caribe*

- 227 Daniel Filmus
*Educación y desigualdad en América Latina de los noventa.
¿Una nueva década perdida?*
- 257 Flavio Fava de Moraes
Educación superior y desarrollo: visiones del futuro
- 265 José Raymundo Martins Romêo
Educación para el siglo XXI

Capítulo III

- 275 *Cultura y desarrollo*
- 275 Edgar Montiel
*Globalización y geopolíticas de las culturas.
Un ejercicio prospectivo a partir de los años ochenta*
- 287 Celso Furtado
¿Y ahora, Brasil?
- 293 Julio Carranza Valdés
Cultura y desarrollo. Algunas consideraciones para el debate
- 311 Estrella Bohadana
Humanidad: entre el lenguaje y la cultura
- 323 Carlos J. Moneta
Identidad y políticas culturales en procesos de globalización e integración regional

Capítulo IV

- 337 *Ciencias sociales*
- 337 Theotonio Dos Santos
Construir el futuro: el papel de las ciencias sociales
- 351 Aldo Ferrer
La globalización y el futuro de América Latina: ¿qué nos enseña la historia?
- 365 Wilfredo Lozano
Cooperación internacional, redes globales y ciencia social en América Latina
- 381 Atilio A. Borón
América Latina: crisis sin fin o el fin de la crisis

- 397 Francisco López Segrera
Herencia y perspectivas de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe
- 413 Emir Sader
Modelos de acumulación y crisis hegemónica
- 427 José Antonio Ocampo
XIII Congreso Brasileño de Economistas y VII Congreso de Economistas de América Latina y el Caribe
- 439 **Apéndices**
- III Encuentro de Estudios Prospectivos: “Los Escenarios de América Latina y el Caribe en el Horizonte 2020”, Río de Janeiro, 20 al 22 de septiembre de 1999
- 439 Declaración Final
- 445 Informe de Relatoría

Identidad y políticas culturales en procesos de globalización e integración regional

Carlos J. Moneta*

Introducción

Podrá debatirse con intensidad si nos hallamos, en estos tiempos de globalización, frente a una fase de transición o a una mutación histórica, pero existen múltiples elementos que nos indican que el mundo navega en un período de crisis. Crisis política, particularmente por confinamiento en una visión particularista dominante y por un sentimiento generalizado de “inutilidad” de la política. Crisis social, a partir de distintas situaciones, según se trate de países más o menos avanzados en términos de desarrollo; crisis económica, con graves efectos sociales y crisis compartida de sociedades que, si bien han podido avanzar relativamente en la solución de reivindicaciones vinculadas a su contrato social, han perdido, en medida sustantiva, rumbo, voluntad y proyecto de cambio, ganando en anomia ideológica y conformismo.¹ Crisis ética, con multiplicación de guías y señales, pero con una disminución de la calidad e intensidad de los referentes valorativos.

* Secretario permanente del Sistema Económico Latinoamericano. Especialista en temas de estrategia militar y futurología.

¹ Tenzer, N. (1990): “Introducción”, en *La société depolitisée. Essai sur les fondements de la politique*. Paris, Presses Universitaires de France.

Crisis cultural, por último, ante el fuerte ataque a que se someten las anteriores concepciones de conciencia histórica (desvalorización del pasado e inintegibilidad de lo que vendrá) acompañados por confusión e incertidumbre en la formulación de proyectos relativos a que se desea constituya la cultura de un país o de una región en el futuro, es decir, debilidad en elementos fundamentales en la construcción de la identidad.

Pero las crisis tienen anclajes concretos; responden y son expresión de los problemas de una época determinada. Aquello que no fue conceptualizado como crisis un siglo y medio atrás –por ejemplo, altos niveles de pobreza, 80% de analfabetismo y participación y decisión política reservada a pequeñas elites– adquieren una lectura y valoración diferente en nuestros días, cuando la totalidad de las sociedades –por acción u omisión– son objeto de las políticas aplicadas.

En este marco, la crisis cultural niega al ciudadano por una parte, el apoyo de un sistema de referencias confiable; por la otra, en signo positivo, deja abiertos múltiples caminos posibles. No obstante, muchos de ellos presentan señales erráticas o contradictorias, al tiempo que la crisis política erosiona la representación y el discurso de lo que la política debe realizar² y la crisis social fortalece la idea de que la sociedad –tal como la entendíamos– va en camino de disolución.

Señalar una crisis no significa rendirse a ella, ya que es posible por vía de la política administrar los conflictos entre el individuo y el conjunto social. Para ello resulta necesario asumir la creciente complejidad y diferenciación como elementos intrínsecos de la globalización –en este caso, en los procesos culturales que desde ya significa abordar problemas de ética y valores– y poder actuar en consecuencia alcanzando nuevas conceptualizaciones, enfoques y capacidad innovadora en materia de concepciones y políticas de desarrollo. A mi entender, ese es uno de los posibles hilos conductores a partir de los cuales se puede bordar un rico tapiz de reflexiones y propuestas sobre los problemas de la identidad cultural y las industrias culturales en los intentos de asegurar nuestro desarrollo en el contexto de los procesos de globalización y regionalización.

1. Globalización, estado-nación e identidad cultural

Cuando se habla de “globalización”, se tiende a identificarla con el proceso de globalización económica, olvidando las dimensiones política, ecológica, cultural y social.³

² *Ibid.*

³ Moneta, C. (1995): “El proceso de globalización, percepciones y desarrollos”, en Moneta, C. y Quenan, C. (comps.), *Las reglas de juego. América Latina, globalización y regionalismo*, Buenos Aires, Corregidor.

En gran parte de las concepciones hoy predominantes se afirma y enfatiza la visión de un mercado mundial todopoderoso, frente al cual tanto los Estados como los ciudadanos cuentan con escasos y poco eficaces medios y capacidad de reacción. En esta concepción el mercado mundial sustituye progresivamente al poder político. Bajo un enfoque monocausal, lineal y economicista, va reduciendo la multidimensionalidad de la globalización a la dimensión económica y subordina a ésta las otras dimensiones. Así, por ejemplo, procura quebrar la distinción fundamental que existe entre economía y política. Una de las tareas fundamentales de la política –establecer claramente los marcos sociales, jurídicos y ecológicos dentro de los cuales es posible y legítima socialmente la actividad económica– se ve de esa manera alienada.⁴

En esta sociedad, sujeta a procesos de globalización de distinto tipo, aparecen muchos elementos novedosos: por ejemplo, las mutaciones en los estilos de vida; el polio-centrismo en la política internacional (gobiernos y actores transnacionales y no gubernamentales); la translocalización del trabajo, el capital y la comunidad; la profunda y confusa percepción de la transnacionalidad (en el turismo, en los medios de comunicación y en el consumo), en la multiculturalidad y las industrias culturales globales.⁵ Surge la pregunta de cómo y en qué grado los hombres y las distintas culturas se perciben e identifican en sus diferencias y hasta qué punto la autopercepción que se alcanza influye y modifica su conducta.⁶

En la misma línea cabe preguntarse, a partir del reconocimiento de las interdependencias recíprocas que emanan de lo transnacional –que continúan siendo asimétricas y resultan cada vez mayores–, cómo se conceptualiza y absorbe la idea del mundo como lugar singular,⁷ cómo nos afecta la conciencia de la globalidad, como ésta se refleja o desvirtúa en los medios de comunicación, cuál es la configuración que adopta en la producción transcultural y cuál es el monitoreo y la acción adecuada que puede asumirse en cada caso.

No es el propósito de esta introducción hacer frente al desafío de intentar dar respuesta a esas preguntas, pero sí el de señalar su validez como camino crítico y guía para la consideración de los temas que se abordan en este artículo. Así, la globalización llama la atención sobre la producción transcultural de significados y símbolos culturales. La dimensión cultural de la globalización introduce una importante brecha en el

⁴ Beck, U. (1998): *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Buenos Aires, Paidós, cap. 2.

⁵ *Ibíd.*

⁶ *Ibíd.*

⁷ Robertson (1992): *Globalization*, Londres.

Estado y en las sociedades,⁸ al permitir comparar formas de vida y establecer comunicaciones transculturales, portadoras de imágenes, valores y contenidos que afectan las identidades, antes limitadas básicamente al ámbito nacional. Pero lo “local” y lo “global” no se excluyen entre sí, sino que constituyen los polos de un espectro continuo, de un yin-yan. La globalización también incentiva un encuentro, interacción y reconstrucción de las distintas culturas locales. La cultura global, en consecuencia, puede ser entendida como un proceso contingente y dialéctico en cuyo seno aparecen y son comprendidos, a partir del eje “local-global”, elementos contradictorios.⁹

Una de las vías posibles entonces para abordar la globalización en el ámbito cultural es examinar el pasaje de identidades culturales tradicionales y modernas, de base territorial, a otras modernas y posmodernas, de carácter transterritorial.¹⁰ En principio, como lo señalara García Canclini, las identidades culturales en la globalización no tienden a estructurarse desde la lógica de los Estados-naciones, sino desde la de entes transnacionales y mercados; no se basan, en lo esencial, en comunicaciones orales y escritas, sino que operan mediante la producción industrial de la cultura, su comunicación tecnológica y el consumo, según los casos, diferido y segmentado de los bienes.

Se asiste así a un creciente conflicto entre las distintas dimensiones de la identidad cultural en sus vertientes tradicional, moderna y posmoderna. Ese conflicto permea hoy las relaciones inter y transnacionales. Esas tensiones y antagonismos responden, en buena medida, a las profundas contradicciones que acarrea –en el plano económico y social– la fuerza modernizadora del proceso de globalización. En un número importante de casos (por ejemplo, áreas de África subsahariana y de Asia central) se presenta la imposibilidad, por no contar con los recursos mínimos para ello, de acceder a mejores condiciones de vida en el marco del paradigma económico dominante. Esto genera frustraciones y fuertes resistencias a la modernización de corte neoliberal de esas sociedades y a una reafirmación –generalmente autoritaria y en ocasiones, fundamentalista–¹¹ de sus núcleos culturales endógenos.

De igual manera impulsa, en muchos casos, la búsqueda –por parte de las elites políticas y de diversos actores sociales– de un modelo de perfiles más endógenos, que procure incorporar y compatibilizar de manera más equilibrada la diversidad étnica, las

⁸ Beck, U., *op. cit.*

⁹ Robertson, *op. cit.*

¹⁰ García Canclini, N. (1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México. Grijalbo, cap. 1, p. 30.

¹¹ Se utiliza aquí este concepto en el sentido que le asigna Giddens: el ejercicio de defensa de una serie de doctrinas rechazando un modelo de verdad vinculado al diálogo entablado en un espacio público. Véase Giddens, A. (1998): *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Madrid, Cátedra, pp. 16-17.

limitaciones de los recursos económicos, los nuevos desafíos para el sistema político, los elementos fundamentales del patrimonio histórico, los requerimientos de la competitividad y las expectativas de desarrollo. Es éste, en nuestro juicio, la vía que América Latina y el Caribe deben explorar sin demora.

En ese marco, la dimensión cultural y las comunicaciones adquieren particular importancia para la construcción de una nueva identidad, ciudadanía y Estado en nuestra región. Los movimientos sociales latinoamericanos y caribeños están procurando redefinir el concepto y la práctica de la ciudadanía, superando su dimensión jurídico-política. De no asimilar y dar adecuada respuesta a esas necesidades se corre el riesgo de que se conviertan en fuerzas centrífugas a partir de crecientes diferenciaciones socioeconómicas, raciales, etc. Debemos recordar que lo que no haga adecuadamente el Estado se encargarán de orientarlo y darle forma el consumo, el mercado y los medios masivos de comunicación.¹²

Por lo expuesto, la globalización cultural genera un conjunto de fenómenos que modifican los procesos de las sociedades nacionales y su política externa en múltiples aspectos: 1) en la conceptualización de la globalización; 2) en la construcción de la identidad nacional y la capacidad de respuesta societal al impacto de la globalización; 3) en el perfil del ciudadano y 4) en las nuevas políticas culturales.

2. Cultura global: ¿homogeneidad vs. heterogeneidad?

La globalización alberga en su seno vertientes de homogenización y de heterogeneidad cultural. Quienes sostienen que los efectos mayores sobre el sistema mundial son de homogenización enfatizan la importancia de la globalización económica a partir de la acción de las empresas transnacionales y de los países industrializados más importantes, como fuentes emisoras de mensajes vinculados al consumo y a la cultura de mercado. Quienes argumentan en favor de efectos diferenciados y heterogéneos destacan dinámicas de apropiación y modificación del mensaje y de sus símbolos en los niveles nacionales y subnacionales.¹³

¹² García Canelini, N., *op. cit.*

¹³ Entre quienes enfatizan la fuerza homogeneizadora con contenidos simbólicos de mercado y consumo puede nombrarse a Mattelart (1983): *Transnationals and Third World: The Struggle for Culture*, South Hadley, Bergin and Garvey y Hamelink, C. (1983). *Cultural Autonomy in Global Communications*, Nueva York, Longman. Entre los que resaltan los efectos diferenciadores y la capacidad de "nacionalizarlo" o indigenizarlo, véase Yoshimoto, M. (1989): "The Postmodern and Mass Images in Japan", en *Public Culture*, 1 (2) y Hammerz, V. (1989): "Notes on the Global Ecumene", en *Public Culture*, 1 (2).

A nuestro entender, la globalización pone en marcha mecanismos que actúan en ambas direcciones, retroalimentándose entre sí. Desde los primeros contactos históricos entre distintas civilizaciones se ha producido una mutua fertilización cultural, si bien generalmente asimétrica en cuanto a sus respectivos impactos. Lo que hoy acontece presenta, con respecto al pasado (como mínimo, en la escala), ciertos cambios importantes:

1. la dimensión –ahora planetaria– cubierta por las interacciones;
2. la gran velocidad de propagación y creciente simultaneidad de los impactos;
3. la ampliación del espectro y capacidad de influencia de los flujos de bienes, mensajes e ideas que circulan e interactúan en el mundo;
4. la mayor especialización de los circuitos de comunicación, que contribuye a segmentar las sociedades en estamentos diferenciados;
5. la distinción temporal y de contenido de las respuestas (locales, nacionales, etc.).

Para acercarse a estos fenómenos de diferenciación y heterogeneidad es necesario tener en cuenta las fisuras y desfases que existen entre las dimensiones económica, cultural y política de la globalización, a partir de los distintos flujos existentes:¹⁴ 1) étnicos (conjuntos de personas que actúan como turistas, inmigrantes, refugiados, exiliados, trabajadores temporales, etc.); 2) tecnológicos (las corrientes de tecnología, incluyendo su distribución asimétrica, sus diferentes contenidos y los distintos factores que las afectan); 3) financieros (corrientes de capital especulativo, mercado de valores, inversiones directas, etc.) 4) mediáticos de comunicación (periódicos globales, revistas, redes de televisión, filmes, correo electrónico, Internet, etc.); 5) ideológicos (sistemas de pensamiento orientados a la acción de Estados, grupos y estamentos).

Las interacciones entre estos distintos flujos dan lugar a procesos muy complejos, de difícil monitoreo e interpretación sistémica. Para algunos analistas¹⁵ la gente, los bienes, las imágenes y las ideas interactúan y circulan por vías múltiples e irregulares, multiplicando las fisuras en el sentido y propósito que les es asignado.

Así, por ejemplo, podemos constatar que la idea-fuerza de “democracia”, genera crecientes conflictos entre el contenido que se le otorga en el Occidente industrializado y las concepciones que bajo ese término se asumen en distintos países de Asia-Pacífico (por ejemplo, China Popular, Corea del Sur, Indonesia, Singapur).¹⁶ En otro con-

¹⁴ Appadurai, A. (1990): “Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology”, en Fox, R. (edit.) (1989): *Interventions: Anthropology of the Present*, Londres, Berg y *Public Culture*, 2 (2), primavera, 1990.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Entre los autores occidentales, véase, por ejemplo, Huntington, S. (1991): *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, University of Oklahoma Press. Con respecto a autores asiáticos, véase, entre otros, Puthmanathan, M. (1995): *Political Culture: The Challenge of Modernisation*, Malasia, Centre for Policy Studies, Petaling Jaya.

texto, pueden señalarse los resultados de las interacciones entre flujos ideológicos y financieros (por ejemplo distintos casos en los cuales los flujos de financiamiento internacional son capaces de modificar las políticas nacionales y su fundamento ideológico);¹⁷ entre flujos ideológicos y mediáticos de comunicación (por ejemplo, países de Medio Oriente) o entre flujos ideológicos, religiosos y étnicos (Yugoslavia y Líbano).

Dados los factores y procesos mencionados, la recomposición de las culturas nacionales no es uniforme ni se presenta con las mismas características en los distintos escenarios; por consiguiente, para la reestructuración de identidades culturales deben tenerse en cuenta esas importantes variaciones.

En suma, la globalización cultural incorpora el uso de una variedad de conceptos, instrumentos y prácticas que afectan, de distinta manera y grado, los contextos políticos, económicos y culturales nacionales y locales. Esos elementos participan, por vía de comunicaciones ora cooperativas, ora conflictivas, en diálogos y acciones concretas relativas al mercado, la democracia, el libre comercio, la soberanía, los derechos humanos, el desarrollo, etc. Ese proceso continuo de ingreso y remisión de mensajes simbólicos, de bienes e ideas, provoca turbulencias y afecta sustantivamente los intentos por preservar identidades homogéneas y de corte tradicional en el ámbito de los Estados nacionales.

3. Multiculturalismo e interculturalismo en el proceso de globalización

La diversidad cultural y los intercambios culturales que caracterizan al mundo contemporáneo se hallan en el centro de un debate en torno a las nociones de multiculturalismo e interculturalismo. En su esencia, gira en torno a los problemas de la integración política de la pluralidad cultural, rasgo característico de las sociedades actuales.¹⁹ En principio, el multiculturalismo no parece ser muy compatible con la existencia de un Estado unitario, en el cual, en la práctica, la diversidad de identidades culturales es considerada más como una adquisición por la vía de la acción política que un derecho, y donde el intercambio cultural cuenta menos que la compatibilidad entre identidad cultural y cultura política.²⁰

¹⁷ Miotti, E. L.; Moneta, C. y Quenan, C. (1998): *Impacto de la crisis asiática en América Latina*, Caracas, SELA, Doc. SP/DRE/di No. 21/98.

¹⁸ Tomo como base a Négrier, E. (1996): "Multiculturalisme, interculturalisme et échanges culturels internationaux", en *Institutions et vie culturelle*, París, La Documentation Française.

¹⁹ Taylor, C. (1992): *Multiculturalism and the Politics of Recognition*, New Jersey, Princeton University Press.

²⁰ Cito Négrier, E., *op. cit.*

Por el contrario, la noción de interculturalismo se nutre de una dinámica de intercambios concretos que se realizan entre sociedades abiertas, pero dotadas de características culturales específicas. En el marco de la globalización se trata de examinar la influencia de estos enfoques en su construcción, en la cual la cultura es tanto un motor principal como, según los casos, un instrumento entre otros.²¹

Mientras el multiculturalismo se focaliza en la gestión interna de la diversidad cultural (por ejemplo, el reconocimiento de rasgos específicos –lenguas, etc.– en el plano subnacional, la políticas públicas relativas a la cultura y la centralización-descentralización de esas políticas), el interculturalismo examina los procesos de intercambio entre culturas singulares. Considera no sólo los temas relativos a la “diplomacia cultural” como vía de inserción, influencia y presencia en el campo internacional,²² sino también los problemas a ellos vinculados, tanto desde el punto de vista simbólico como material. En este terreno, más allá de las diferencias de foco y praxis entre ambas, la comunicación –como medio de transmisión e interacción– y la dialéctica de globalización-localización de la cultura, generan una ineludible interdependencia.²³ La dimensión, el grado y la forma en que esta interdependencia entre multiculturalismo e interculturalismo es asimétrica en perjuicio del primero (para algunos, se trata simplemente de abierta dependencia), constituye uno de los temas de debate esenciales del presente, ya que de la adecuada interpretación del fenómeno depende la viabilidad y eficacia de las políticas culturales nacionales y regionales destinadas a proveer vías, alcances y contenidos a la identidad cultural en el mundo contemporáneo.

4. Cambios de principios y demandas de la sociedad en el proceso de globalización: fracturas y ¿recomposiciones?

Como precisa acertadamente Manuel Antonio Garretón en uno de sus trabajos, del cual surgen las reflexiones presentadas en esta sección, nos encontramos ante el desarrollo de una sociedad aún sin apelativo cierto, pero a la cual tentativamente se refieren como una sociedad “informática” o del “conocimiento”. Si se buscan sus ejes centrales de organización, éstos parecen ser el consumo; una nueva concepción, configu-

²¹ Badie, B. y Smouts, M. C. (1992): *Le retournement du monde. Sociologie de la scène interationale*, Presses de la ENSP-Dalloz.

²² Potencias que se caracterizaron a lo largo de la historia por la intensa y racional utilización de la “diplomacia cultural” son, entre otras, China y Roma; y contemporáneamente, Francia y los Estados Unidos.

²³ Sobre el tema pueden verse, entre muchos otros, los trabajos incluidos en Featherstone, M. (ed.) (1992): *Global Culture, Nationalism, Globalisation and Modernity*. Londres, Sage.

ración y forma de dominio de la economía y la comunicación, frente a la producción, el trabajo y la política, que caracterizaban al modelo de la sociedad industrial. Se presentan distintos modos de acción y nuevos espacios públicos (creados por los medios masivos de comunicación) que sin desplazar completamente a los anteriores, se les agregan y superponen, generando una totalidad distinta.²⁴

Este tipo de sociedad, aún sin estado de configuración estable, responde fundamentalmente a dos fenómenos: el de la globalización y el de una respuesta societal multi-forme. Esta última, sobre la base de identidades cuya expresión a partir del trabajo, la posición política o el nivel educacional dejan progresivamente de resultar funcionales a las nuevas situaciones, siendo reemplazadas por otras: por ejemplo, religión, sexo, etnia, nacionalidad, región. Se quiebra así la correspondencia previamente establecida entre economía, política, cultura y sociedad; todo tipo de combinaciones de *status* es posible y aparece en la práctica.

En ese marco de mezcla variante y tumultuosa, las instituciones existentes son desbordadas; ya no expresan los principios, normas y comportamientos actuales (aún en estado de magma). Los principios de esta nueva sociedad carecen todavía de instituciones que los representen adecuadamente y esta situación contribuye fuertemente a complicar la situación del Estado al dejar de ser éste, en su constitución actual, un centro efectivo de canalización y ejecución de demandas y reivindicaciones o eje del cambio social.²⁵

Garretón señala que en este nuevo tipo de sociedad en formación el desarrollo ya no es concebido solamente a partir de la obtención de crecimiento económico y distribución equitativa de sus beneficios, sino en algo que lo sobrepasa y aún sin denominación exacta, puede señalarse que se refiere a categorías más inasibles, como la calidad de vida o la felicidad. De esa manera, junto a la integración y la igualdad, aparecen como principios básicos sociales la diversidad cultural y la interculturalidad. Así mismo, a las utopías de la sociedad industrial (por ejemplo, democracia, socialismo, capitalismo) se le agregan y superponen en la nueva sociedad las utopías ecológicas, de género, de la comunicación (por ejemplo, Internet), del multiculturalismo o de la expansión de identidades, forzando la reconceptualización y práctica del desarrollo (por ejemplo las elaboraciones sobre “desarrollo humano”). Se plantea así un enorme y aún no resuelto desafío para la construcción por la vía de la cultura política y económica de nuevas instituciones y polis.²⁶

²⁴ Garretón, M. A. (1997): “¿En qué sociedad viviremos? Tipos societales y desarrollo en el cambio de siglo”, en González, H. y Schmidt, H. (org.): *Democracia para una nueva sociedad (modelo para armar)*, Caracas, Nueva Sociedad.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

Nuevamente una aproximación por la vía de la cultura puede contribuir a esclarecer estos problemas y a buscar nuevas vías de acción. Por ejemplo, se observa en el sistema en vías de globalización una respuesta social aún relativamente desorganizada, pero firme e intensa, en favor de un conjunto de valores de carácter universal, nacional e incluso, subnacional (por ejemplo, los derechos humanos, la protección medioambiental, el desarrollo), elementos potencialmente constitutivos de un nuevo ideario.²⁷ A partir de varias de ellas, surgen elementos importantes para constituir el eje vertebral de una identidad.

Lo que importa ahora, esencialmente, es que las políticas culturales en el plano nacional tengan en cuenta la nueva situación y logren trascender la tradición, limitada a focalizar su esfuerzo en la preservación del patrimonio histórico. Junto a éste se requiere constituir nuevos espacios públicos mediante iniciativas y esfuerzos conjuntos gubernamentales y privados y tener en cuenta valores y visiones distintas. Pero además, si se desea mantener los elementos nacionales en la construcción de la identidad, es fundamental contar con un núcleo duro: una base productiva adecuada que dé lugar a industrias culturales endógenas, con empresas que puedan invertir en el exterior, producir y exportar bienes culturales, que sean capaces de dar apoyo y expresar los nuevos y antiguos contenidos de la identidad cultural.

5. La dimensión cultural de la integración en América Latina y el Caribe

Teniendo en cuenta las consideraciones realizadas en las secciones anteriores resulta conveniente examinar los problemas y la integración a partir de la cultura, ya que ésta se constituye en una gran matriz dinámica que mantiene permanentes interacciones con la acción política, social y económica.

Al reflexionar sobre la integración de América Latina y el Caribe bajo un enfoque cultural, adquiere sentido y es más fácil percibir las vinculaciones entre procesos que normalmente merecen consideración por separado por parte de los planificadores eco-

²⁷ A respecto, véase, entre otros, Giddens, A., *op. cit.*, cap. 6.

²⁸ Una referencia exhaustiva no puede ser presentada en esta oportunidad, pero con un criterio personal, me permitiría señalar, entre muchos otros de los cuales debería dejar constancia, los numerosos trabajos de Martín Hopenhayn (entre los cuales, a los fines de esta presentación, cabe destacar "Nuevas relaciones entre cultura, política y desarrollo en América Latina", en *Aspectos sociales de la integración*, Serie Políticas Sociales, N° 14, Vol. 4, CEPAL, abril de 1998); los de Néstor García Canelini (particularmente, *Culturas híbridas. Estrategias para salir y entrar de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990 y *Culturas de la globalización*, García Canelini, N. (coord.), Caracas, Nueva Sociedad, 1996). Y los de Sergio Bossier y su equipo en la Dirección de Políticas y Planificación Regionales del ILPES en la CEPAL.

nómicos y de quienes adoptan las decisiones. En esta presentación sólo se esbozan algunos de sus elementos principales, pero se cuenta con excelentes trabajos de estudiosos de nuestra región²⁸ que ofrecen una base más que adecuada para incorporar en forma plena la temática cultural.

Se acepta comúnmente –al menos, en las declaraciones oficiales– que la integración constituye un proceso mucho más abarcador y profundo que su dimensión económica (que hasta ahora privilegió el plano comercial). La dimensión cultural provee las bases simbólicas del proyecto, mucho más si se aspira a alcanzar estadios superiores de integración. Cabe recordar que tanto en su espacio subregional como cuando se promueve la idea-fuerza de una comunidad latinoamericana y caribeña de naciones, se hace referencia a un proceso de profunda transformación sociopolítica y económica. Éste implica no sólo una redefinición de las identidades culturales, sino el desafío de construir un espacio cultural regional que estará basado ineludiblemente en el pluralismo –ya que América Latina y el Caribe presentan muchas identidades coexistiendo e interactuando entre sí (por ejemplo, mesoamericana, caribeña, andina, rioplatense, las de cada país y subregión, etc.)–,²⁹ pero que también tendrá que tener en cuenta que por la vía de las industrias culturales, un sector cada vez más amplio de los medios audiovisuales y la informática –ambos, actualmente decisivos en la configuración de identidades– trascienden las fronteras nacionales y regionales. Dado que los mensajes y bienes culturales de mayor difusión se originan en centros transnacionales y circulan por redes y satélites sobre los cuales los Estados tienen poco control, para incrementar la capacidad de acción de los Estados, las políticas culturales deben incorporar concepciones y elementos nuevos, que modifiquen y amplíen a los mecanismos utilizados cuando las entidades simplemente coincidan con los territorios de cada nación.³⁰

Consideremos ambos aspectos. Por una parte, un proceso histórico de envergadura requiere convocar tradiciones, símbolos y representaciones para crear un nuevo imaginario social, teniendo la historia como fuente de legitimación de las acciones y la cohesión colectiva.³¹ Ese proceso es muy lento como lo demuestra, entre otros ejemplos, la construcción de la Unión Europea. Demanda una acción política deliberada, amplia participación de la sociedad civil y la profundización del conocimiento y la interacción en todos los planos –que no siempre será cooperativa– entre los pueblos de la región.

²⁸ N. García Canclini, "Políticas culturales: de las identidades nacionales al ...", trab. cit.

²⁹ *Ibid.*

³¹ Véase Hobsbawm, E. y Ranger, T. (eds.) (1984): *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, citado en Ansaldo, W. (1998): "Integración cultural. Una identidad en construcción", en *MERCOSUR, mucho más que un mercado*, Revista de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Como se ha señalado previamente, la identidad cultural no es ajena al poder político. Construir identidades subregionales y regionales exige un enorme esfuerzo conciente, es decir, políticas activas, a partir de la multiculturalidad ya presente en América Latina y el Caribe y de una historia regional compartida.

En la mayoría de los esquemas subregionales de integración, la dimensión cultural está formalmente presente (por ejemplo en el CAN, el MCCA, CARICOM y MERCOSUR), pero es menester reconocer que en general: 1) se halla lejos de ocupar puestos prioritarios en las respectivas agendas de negociación; 2) las políticas culturales se concentran en la defensa y reproducción de los patrimonios históricos y en la reproducción –al estilo tradicional– de las identidades nacionales. En el MERCOSUR, por ejemplo, se incluyen la enseñanza de los idiomas portugueses y español, la circulación de escritores y artistas, coediciones y premios y la difusión del conocimiento de los valores y tradiciones culturales, pero ocupan un espacio mucho menor –tanto en la conceptualización estratégica de su importancia como en las medidas concretas que se adoptan para su desarrollo–, las industrias culturales.³²

En el ámbito de los esquemas subregionales de integración existen múltiples posibilidades que esperan ser materializadas. Así, por ejemplo, Enrique Saravia sugiere diecinueve temas para la constitución de una “agenda del futuro” en el campo cultural para MERCOSUR.³³ En ese contexto, a la acción conjunta de los gobiernos y de los distintos núcleos y movimientos de la sociedad civil deben sumarse las universidades, parlamentos y empresas.³⁴

Sin negar la importancia de la tradición cultural y el hecho que la mayor parte de la literatura, la plástica y la danza (pero no el cine), la radio y la televisión son de producción y circulación nacional³⁵ –y en el caso de algunos países, parte de ella ha conquistado espacios en el exterior (por ejemplo, las telenovelas en el caso de México, Brasil, Venezuela y Argentina)– ocuparse hoy (y en el futuro próximo) de las identidades culturales, demandas políticas que centren el esfuerzo en las industrias culturales.³⁶ En

³² Véase, por ejemplo, Brunner, J. J. (1988): *Un espejo trizado. Ensayo sobre cultura y políticas culturales*, Santiago, FLACSO y el artículo de Néstor García Canclini aquí citado. Esta situación se presenta a pesar de los esfuerzos realizados por la UNESCO, el Convenio Andrés Bello, los programas llevados a cabo por el Foro de Ministros de Educación de la región y numerosas entidades y organizaciones nacionales y regionales. Sobre la actividad cultural en MERCOSUR, véase Ansaldi, W., *op. cit.*

³³ Saravia, E. (1997): “El MERCOSUR cultural, una agenda para el futuro”, en Recondo, G., *MERCOSUR, la dimensión cultural de la integración*, Buenos Aires, Ciccus.

³⁴ Cabe aquí destacar, a modo de ejemplos, la creación de la universidad latinoamericana y del Caribe por el Parlamento Latinoamericano y de la Fundación Internacional para el Desarrollo de la Cultura en América Latina, con la participación de la UNESCO, el BID, la OEA, el SELA, la CAF, el Banco Mundial y la banca privada latinoamericana.

³⁵ Néstor García Canclini, “Políticas culturales: de las identidades nacionales al espacio...”, *trab. cit.*

³⁶ *Ibid.*

ellas se presentan una concentración en la propiedad de los medios y un acceso asimétrico a sus bienes³⁷ y mensajes. Son las instancias estatal y pública (el espacio de la sociedad civil) las que pueden supervisar y orientar su acción en favor de una apertura externa no lesiva, la circulación democrática de la información y el mantenimiento e intercambio de la diversidad cultural intranacional y regional.

Por lo expuesto, y a partir de los aportes específicos que brinda el grupo de relevantes especialistas que han colaborado en la preparación de este artículo, se requiere llevar a cabo una amplia acción concertada de concientización que tenga como un foco a los gobiernos y al sector privado. Es necesario destacar la importancia que asume la dimensión cultural en los procesos de integración regional y de inserción global y la necesidad de modificar las percepciones aún predominantes en la materia, las políticas adoptadas y los contenidos y actores con quienes se establecen alianzas a esos efectos, incorporando como un foco de acción relevante a las industrias culturales.

Por último, el hecho reconocido³⁸ de que la cultura comprende —a partir de su complejidad y heterogeneidad (por ejemplo, existencia de lógicas artesanales e industriales, obras únicas y otras reproducibles)— muchas zonas oscuras, de difícil y muy imperfecta comprensión y manejo por parte de los economistas, no debe empañar el reconocimiento de la importancia que adquiere para nuestros países el poder elaborar enfoques teóricos y desarrollar una amplia capacidad de gestión, por la vía de la preparación de recursos humanos para contar con una “economía de la cultura”. Se requiere disponer, a partir de un enfoque interdisciplinario, de gerentes culturales y de especialistas en *marketing* con fuerte formación administrativa y económica y de economistas que interactúen con artistas, sociólogos, estetas, *marchands* y mecenas para racionalizar y dar sustento financiero a múltiples actividades. Esta área, muy desarrollada en Europa occidental (particularmente, en Francia), aún cuenta con desarrollos incipientes en la mayor parte de nuestra región.

Si la dimensión cultural de nuestras vidas se moviliza fuertemente en los períodos de grandes mutaciones es, sin duda, porque el espacio simbólico, el de las representaciones que nos proveen un orden posible de las cosas, resulta un espacio decisivo, tanto para la expresión como para la resolución de tensiones. En ese contexto, la cultura no escapa —por el contrario, expresa— las fracturas y tensiones que nutren a nuestras so-

³⁷ Al respecto, véase Gentil, B. (1996): “Les industries culturelles”, en *Institutions et vie culturelles*, París, La Documentation Française.

³⁸ Véase, por ejemplo, Bonet, L.: “La industria cultural española en América Latina”, Seminario “Integración económica e industrias culturales...”, conf. cit. y Dupuis, X.: “Les limites de l’approche économique de la culture” en *Institutions et vie culturelle*, París, La Documentation Française.

ciudades en esta etapa del proceso de globalización. Como tal, bien puede la dimensión cultural actuar como puerta de apertura a nuestro crecimiento y desarrollo o de cierre a esas oportunidades; de emancipación, como de repliegue; de integración como de fragmentación... a nosotros nos toca decidir.